PRIMEROS CIELOS

Me han robado etapas de mi vida
y la lejía no borra de la memoria hematomas.
Mi infancia arrebatada aún reclama.
Han cargado sobre mi espalda de niña
exigencias sobrehumanas.
Y hoy, ya adulta, se quiebra mi columna
por tratar de sostener los restos
de inocencia que perduran.

Mi adolescencia, de medradas presiones plagada,
me ha dejado la fuerza de una fragilidad intacta.
A respirar no aprendo
y eso de ser libre todavía no comprendo;
será tal vez la poesía o una melodía
que viene desde arriba para soplar mi herida
(por suerte hay una balsa para alcanzar la orilla).

La bondad, ese escudo y salvavidas;
queda gente noble perdida en esta vía.
Sin embargo, de noche, aunque no quiera,
recorre mi mente tantas veces
las paupérrimas veredas
que a la fuerza me llevaban a una casa
atestada de migrañas, habitada y despoblada;
una casa que no estaba.
La palabra «hogar» me sigue haciendo falta.
Lo que nunca tuve mi alma siempre extraña.

Esa permanente sensación de invalidez,
de ausencia de sostén en la adultez,
tiene su origen
en la desprotección de la niñez;
angustia y miedo desde entonces
caminan adheridos a la planta de los pies.
El hambre, la miseria...
qué formas brutales de violencia,
idéntica a palizas de manos y de lenguas.

Las secuelas. Esa lucha de uno mismo
por no hacerle a otros
lo que han hecho con nosotros.

Suele infligir el lastimado
su lastimadura al que está al lado.
No es adrede ni es ser malo,
simplemente los estragos del pasado
se trasladan, inconscientes, al amado.
Y es el mérito más grande
poder reconocerlos y domarlos.
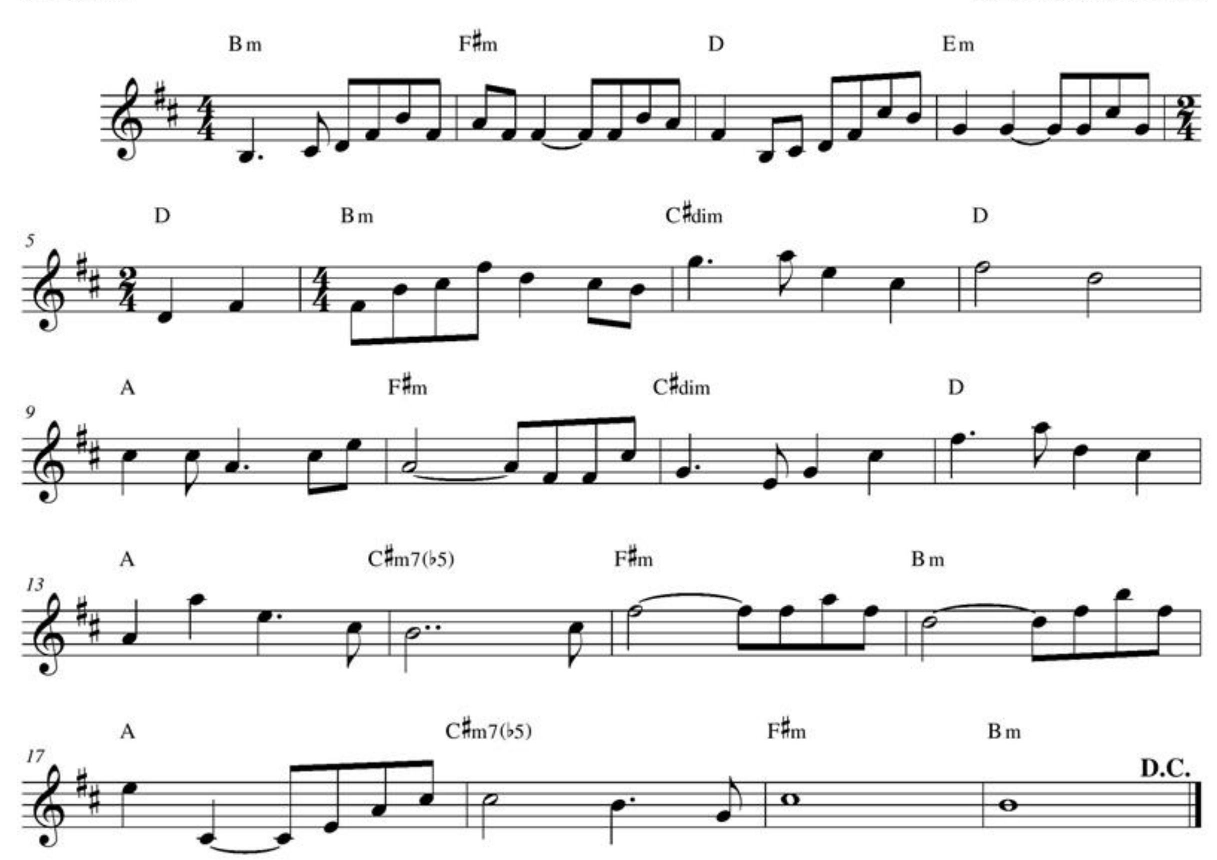
Me han robado de mi vida etapas
y la palabra «hogar» me sigue haciendo falta.
No quisiera morir sin conocer
el azul destello de mis primeros cielos;
que los pájaros de mis años amargos
vuelen lejos, sin regreso, desahuciados.

